

NICOLAS ANTONIO Y LOS ARAGONESES CONTEMPORANEOS

por

LEONARDO ROMERO TOBAR*

La carta es una forma comunicativa que durante el Renacimiento alcanzó estatuto de género literario autónomo en la rica y variadísima práctica de los humanistas y en la especulación teórica de algunos autores. Angelo Poliziano en los preliminares de sus comentarios a Estacio y Quintiliano disertó, con la finura de argumentación propia de su trabajo filológico, sobre esas dos modalidades literarias tan características del Humanismo renaciente que son las epístolas y los diálogos. Teniendo ambas formas estrecha relación con el género oratorio —y no se olvide a este propósito el celo con el que Nicolás Antonio contraponía la retórica de los italianos y de los hispanos—, se distinguen de él en grados y matices. La carta, que para Poliziano es un diálogo con los ausentes, admite la dúctil articulación de los temas más nobles con las formas de expresión directas y familiares; aligera la rígida estructura del tratado, adelgazando su estilo sentencioso y moralizador; diseña una forma peculiar de diálogo en diferido por su capacidad de suscitar una réplica escrita. De ahí el interés que tienen los abundantes epistolarios humanistas cuyas páginas evocan en nuestra imaginación el silencioso afán de los talleres intelectuales de la Europa Moderna. Repárese en los términos con que Nicolás Antonio ponderaba la variada correspondencia dirigida a Zurita y que Uztarroz y Dómer habían dispuesto para la edición de los *Progresos de la Historia*: «de cada uno de sus atores [Antonio Agustín, Honorato Juan, Diego de Mendoza Páez de Castro...] son estas cartas, digo, insignes monumentos y fragmentos preciosísimos, pues por más que se divida en piezas menudas el espejo quebrado, cada una de ellas conserva la virtud del entero».

La tradición epistolar de los humanistas del XV y del XVI continuó durante el siglo XVII con redoblado vigor, bien que las familiari-

* Texto leído en la conmemoración del tercer centenario de la muerte de Nicolás Antonio (Biblioteca Pública de Huesca, 26-X-1984) en el curso de la XXXI Asamblea de la C.E.C.E.L.

dades salaces que animan el estilo de algunos epistológrafos quinientistas —tal el doctor Villalobos o don Diego Hurtado de Mendoza— quedan consignadas ahora al ámbito de la correspondencia estrictamente privada. Estamos ahora en tiempos de repliegue en la intimidad o, si se prefiere otra perspectiva, de «tibetanización» cultural. El modelo de comunicación que había sido la carta humanística —no destinada directamente a la publicidad de la imprenta pero sí escrita para la difusión entre grupos de personas afines— tiene en el XVII una cristalización erudita y sabia en el ámbito internacional europeo —epistolarios de Caramuel, Kircher, Justo Lipsio—.

La erudición barroca corresponde con el espíritu científico moderno que se está abriendo camino sobre el desarrollo del método experimental. El acopio de materiales textuales y la crítica a que son sometidos los documentos traducen, en el terreno de los estudios humanísticos, los principios de observación y experimentación sobre los que se sustentan los hallazgos de las ciencias de la naturaleza. Y en este aspecto, lo que sabemos sobre el proceso de recogida de material bibliográfico que empleó Nicolás Antonio y sobre el diseño sistemático que aplicó a sus *Bibliothecas* revela una mentalidad rigurosamente moderna en su trabajo de historiador de la literatura, como moderna fue su tarea desmitificadora de *historias fabulosas*. La lección intelectual y científica del bibliógrafo andaluz puede recibirse desde muchos ángulos de enfoque. Si he presentado un preámbulo sobre el interés cultural y literario de la epistolografía renacentista es porque, seguidamente, intentaré explicar el trabajo de Nicolás Antonio a luz de la comunicación escrita que mantuvo con los eruditos aragoneses de la centuria barroca.

En una serie de manuscritos de la Biblioteca Nacional se han encuadrado correspondencias cruzadas entre muchas figuras representativas de la cultura del XVII; junto a los poetas y escritores —en el alcance que hoy damos a la palabra— encontramos misivas de historiadores, de coleccionistas de libros, de bibliógrafos, de humanistas. Los tomos han sido frecuentados por los investigadores, ya que en estos volúmenes encontramos la nómina más granada de la erudición aragonesa del siglo XVII. En estas fuentes manuscritas es donde encontramos los testimonios más vivos de la relación que enlazó al bibliógrafo sevillano con los aragoneses contemporáneos.

Se ha ponderado ampliamente la precisión informativa de los distintos artículos de las *Bibliothecas*, y singularmente de la *Nova*, a la que voy a referirme de modo directo. Recuérdense cómo se inicia cada entrada bibliográfica: al nombre del autor sigue inmediatamente el lugar de nacimiento, en los casos en los que Antonio lo conoce. Si ponemos en relación este informe aislado con el segundo índice de la obra —«*locorum in quibus nati sunt scriptores*»— encontramos una relación de los distintos lugares de la nación española que han sido cuna

de los autores catalogados. En este repertorio geográfico, la sección más enriquecida es la de los escritores castellanos seguida de los béticos —allí, se insertan sus coterráneos— y los aragoneses, cuya enumeración ocupa seis columnas del índice. Me detengo en subrayar algo que a primera vista puede parecer trivial, pero que en el caso de la obra de Nicolás Antonio no lo es de ninguna manera.

En la *Bibliotheca Nova* la sección informativa de escritores va enmarcada entre un extenso prólogo de «Hispanorum doctrina, bibliothecarum utilitate et proposito huius operis» y un conjunto de repertorios complementarios y detalladísimos índices que traducen a información la teoría expuesta en el prefacio. Sainz Rodríguez ha sugerido la condición de «Historia literaria nacional» que posee el prólogo de la *Bibliotheca Nova*. Coincido en la apreciación y añado, además, que el índice vii —o de materias—, sobre continuar la antimedieval clasificación de los saberes que había iniciado Gesner en 1549, es un instrumento de primera mano para los interesados en las apologías de la ciencia española.

Pero no voy a analizar la estructura y significación de las obras de esta indiscutida primera cabeza de los bibliógrafos españoles; mi propósito ahora se circunscribe a la consideración de las relaciones que mantuvo Nicolás Antonio con los eruditos aragoneses de su tiempo como Pellicer, Lastanosa, Uztarroz y Dormer. Las fuentes de información que nos posibilitan reconstruirlas son los volúmenes manuscritos a los que he aludido anteriormente. En ellos, la lectura de las cartas nos permite limpiar de la opacidad centenaria la clara amistad de unos hombres señeros; pero más allá del dato humano, hace posible reconstruir un exigente método filológico y bibliográfico que sigue siendo lección permanente para los que todavía nos interesamos por estas actividades.

En el *Prefatio* de la *Bibliotheca Nova*, después de un repaso a las materias teológico-eclesiásticas, jurídicas y científico-naturales, ofrece una *laudatio* de la literatura española contra los que no concedían la posesión en la amenidad de las bellas Letras, en la Filología y Lenguas «nostris hominibus». Los clásicos contemporáneos desfilan en el elogio y, entre los más señalados, Bartolomé Leonardo de Argensola, al que «podemos llamar el Horacio de España, así por la pureza de su estilo, como por su delicada y elegante pluma, sin ser fácil compararle a otro que a su hermano Lupercio. Son tan semejantes que parecen gemelos de las Musas y de Apolo, y cuando se leen las obras del uno apenas se conoce que se han dejado de las manos las del otro» (doy el texto traducido por de Aguilar en 1787).

El elogio de los poetas a los que no llegó a conocer entra dentro del ámbito de la competencia del investigador que acopia material bibliográfico y valora con entusiasmo y penetración la obra de los autores compilados.

La relación personal la estableció Antonio con hombres de otra generación más joven y más próximos en edad a la suya propia. En este terreno es donde se produce la fecunda comunicación epistolar con aragoneses que recoge desde el desahogo íntimo hasta la participación de noticias curiosas, la discusión técnica o los anuncios de intercambio de libros. En 1676 sabemos por mano del propio Lastanosa cómo Nicolás Antonio le había hecho llegar, a través del común amigo don Blas Canales, los dos tomos de la *Biblioteca Hispánica* «que se las había remitido al Autor para que me las enviara a Huesca». En justa reciprocidad al elogio redactado por el bibliógrafo sobre la personalidad del mecenas oscense, la edición del *Tratado de la Moneda Jaquesa* recoge, entre los textos preliminares, el juicio de Nicolás Antonio sobre Lastanosa. Y algo que en la edición de esta obra me parece un eco seguro de las cartas privadas de Nicolás Antonio lo encontramos en la Censura de Diego Josef Dormer al libro, cuando el cronista recuerda, entre otros méritos de Lastanosa, el haber «enriquecido el Archivo del Reyno con muy selectos manuscritos, y con variedad de monedas de oro, plata y cobre ligado, con que se aumentan las noticias de la historia y los Cronistas tendrán mayor motivo de agradecimiento...». La censura va fechada en 6 de mayo de 1681 y muy pocos días antes —el 19 de abril— había recibido Dormer un breve billete de Nicolás Antonio en el que éste empleaba palabras más llamativas que el cronista para elogio de la donación, «no dudando de la estimación que tendrán los papeles y monedas que ha dejado a ese reino el Buen D. Vicencio Juan de Lastanosa, ni de la que habrá hecho el reino de su donación. ¡Luego se hallará en Castilla ni tan buen castellano que haga legado o oferta en vida al público de sus más preciosos tesoros!».

Otra figura aragonesa de relieve nacional por la que Nicolás Antonio manifestó una sincera admiración fue la de Don José Pellicer, humanista zaherido por los escritores de la generación de 1580. La discutida erudición del comentarista de Góngora era ya para don Nicolás —en 1664— cuestión fuera de toda sospecha: «D. Joseph Pellicer es de cuyos alimentos deben vivir todos los que quieren probar que tienen algún cuarto de las musas» escribía a su íntimo Juan Lucas Cortés en 1664. La aceptación de la poesía gongorina que leemos en el artículo correspondiente de la *Bibliotheca* puede deberse, entre otras causas, al prestigio de que gozaba el aragonés ante nuestro autor, a quien envió una curiosa relación autobiográfica que no se debe entender como una manifestación de su vanidad intelectual, sino como el socorro informativo que se presta al investigador estimado. La comunicación de Pellicer a Nicolás Antonio no sólo da una vez más relación de las obras del aragonés, sino que proporciona al lector actual una preciosa noticia sobre el proyecto de las *Bibliothecas* a la altura del año 1665. En esta fecha, la obra monumental del sevillano llevaba en la intención el título de *Bibliotheca hispánica* —quizás un homenaje a

quien había sido catedrático en Zaragoza y maestro de Lupercio de Argensola, Andreas Schott— y, además, se concebía como una sola obra lo que luego fueron dos obras independientes.

Ahora bien, los aragoneses que actuaron como fieles y exactos informadores de nuestro bibliógrafo fueron los cronistas Juan Francisco Andrés de Uztarroz y su sucesor Diego José Dormer, para quienes no escatimó Antonio alabanzas impresas y manuscritas. La continuidad epistolar con el sabio sevillano fue para Dormer el punto de máxima coincidencia con su antecesor a quien le unían —según señala él mismo en los preliminares de los *Progresos de la Historia*— innúmeros trazos de vida paralela, «en la patria, estudios, grado, aplicación a la historia (...), nominación de coronistas en Cortes generales, y aun en haber tenido juntas las casas de la habitación; sucediéndole también con felicidad y enseñanza mía en la comunicación estudiosa que tuvo con don Nicolás Antonio».

De un interés extraordinario son las cartas de Nicolás Antonio dirigidas a Dormer; el estudio de ellas daría lugar a una sugestiva monografía de la que aquí sólo puedo esbozar algunos aspectos. Las cartas ocupan los cincuenta folios primeros del manuscrito 8385 de la Biblioteca Nacional.

Esta correspondencia muestra la continuidad de la comunicación humanística en la segunda mitad del XVII, con atención especial a tópicos acreditados en los circuitos epistolares como son la información sobre libros y la crítica textual. Claro está que las continuas peticiones de noticias y aclaraciones sobre autores y obras que formula Nicolás Antonio responden a su plan de recogida de material informativo que destinará a su obra bibliográfica. No es, por tanto, una comunicación desinteresada. Menudean las peticiones de aclaración: sobre fray Bernardo de Montesa o Ximén García de Resa, sobre el tratado de Manuel Díaz o acerca de Gonzalo García de Santa María y Fray Gauberto Fabricio de Vagad.

Nicolás Antonio manifiesta desde las primeras misivas una plena confianza en la persona de su corresponsal: «y de nuevo ha hecho el ofrecimiento de acrecentar lo de Aragón con las noticias que pocos como Vmd podrán contribuir a la Biblioteca», y todo ello, a pesar de la juventud de Dormer en el momento en que se inicia la correspondencia. El cronista aragonés llega a ser el informante de absoluta seguridad para el sevillano, hasta el punto que éste acude a aquel como garante de la fiabilidad de otros colaboradores aragoneses que se le han ofrecido:

«El P. Fray Miguel Polain de Santa Engracia me escribió los años pasados que me podría ayudar con suministrarme noticia de los más modernos escritores de ese reino. Lo cual me sería muy grato, pero deseo saber si este religioso es de tal curiosidad y pun-

tualidad de quien podríamos fiarnos. VMd me diga lo que siente y en lo que pudiese ayúdeme, porque en esa ciudad se imprime mucho y me falta la noticia de lo más moderno como también las correcciones y suplementos de lo que habré errado o dejado de decir de los antiguos» (Carta de 1680).

El reconocimiento de la provisionalidad de la obra que se había impreso en Roma ocho años antes muestra al investigador infatigable y concienzudo que no da por cerrado su trabajo y que reelabora —como es bien sabido— en notas manuscritas una revisión de su obra, algo que no se realizará hasta un siglo más tarde. Señalo de pasada que muchos datos solicitados en la correspondencia se incorporaron a la edición dieciochesca (donde aparecen por primera vez Gabriel Alamin, Antonio Serón, Vicencio de Vidiana), pero que otros no se llegaron a imprimir en la revisión de la obra (tal ocurre con el tratado de Manuel Díaz, y con Bernardo de Montesa o Fray Bartolomé Ponce).

Las preciosas noticias de crítica textual que ofrece Nicolás Antonio a propósito de los pliegos de los *Progresos de la Historia* que iba enviando Dormer al maqués de Mondéjar son una prueba del sentido filológico de nuestro autor. Antonio no puede sufrir los errores y erratas en los versos latinos de Verzosa y de Páez de Castro y propone abundantes y atinadas correcciones. La curiosidad por los libros, el cuidado en la pulcra presentación de los textos, las discusiones sobre escritores antiguos mal identificados y conocidos —tal es el caso de Gonzalo García de Santa María—, las noticias sobre la vida privada que entran, a veces, como un latido de la vida ordinaria con sus noticias de viajes y enfermedades, otorgan un perfil singular a la correspondencia de Nicolás Antonio con los aragoneses, un capítulo más de la extensa producción epistolar de los humanistas españoles.

Para concluir mi homenaje a la figura cuya memoria nos ha reunido, terminaré con un texto del propio Nicolás Antonio que él aplicó al aragonés Zurita y que nosotros, aquí y ahora, con un ligero retoque podemos aplicar a él mismo:

«Que este año hace 300 justos que pasó desta vida a la eterna, dejando a la posteridad por herencia y consuelo de perderle, otra vida de eterna memoria. Y si en las de todos tiempos el centésimo año de cualquiera gran empresa o introducción, le hallamos celebrado con fiestas públicas, dichoso y bien reparable caso es el haberse formado este elogio y renovado la memoria de un hombre tan venerable a los 300 años de su muerte o vida inmortal.»